



Reflexión personal para la comunidad estudiantil del IBIT

*por Alirio Ortega*

*Profesor Facultad IBIT*

Cuando tenía poco más de veinte años (ahora he cumplido 62) y comencé mis primeros estudios teológicos, descubrí algo que hoy miro con una mezcla de gratitud y vergüenza.

En mi país y en mi iglesia, "saber un poco de teología" daba cierto prestigio. Era fácil dejarse llevar por la sensación de tener acceso a conocimientos que otros no tenían. Sin darme cuenta, comencé a adoptar actitudes que no edificaban: querer tener siempre la última palabra, hablar como si lo supiera todo, corregir sin ser invitado, y usar la teología más como un adorno que como un servicio.

Recuerdo que comencé a estudiar griego cuando tenía 23 años, y hacía alusión a ello en mis prédicas, sonando altamente técnico en el lenguaje. Algunos me decían: "a veces no entiendo tu jerga". Era decepcionante, pero no me detenía.

Con el tiempo entendí que ese espíritu no solo era inmaduro, sino profundamente contrario al carácter de Cristo. La teología que no produce humildad se convierte en un peso muerto; el conocimiento que no edifica a la Iglesia se transforma en ruido; el propósito es que el aprendizaje me haga más semejante al Señor, y que no termine siendo solo un mensaje vacío.

Por eso quiero hablar a quienes comienzan estudios para Licenciatura en Biblia y Ministerio del IBIT, y para aquellos que ya van adelantados. Este camino es hermoso, exigente y transformador. Pero también es un terreno donde la arrogancia puede crecer rápido si no vigilamos el corazón. El



conocimiento bíblico es un privilegio, sí, pero nunca un pedestal. Es una herramienta para servir, no un trofeo para exhibir.

Mi recomendación es sencilla, pero vital: cultiven un espíritu de humildad desde el primer día. Pregunten más de lo que afirman. Escuchen más de lo que hablan. Sirvan más de lo que buscan ser reconocidos. No estudien para impresionar, estudien para bendecir. No acumulen conceptos para ganar debates, sino para fortalecer a la iglesia donde Dios los ha puesto.

Recuerden que el Señor no llamó a expertos, sino a discípulos. Y un discípulo es alguien que aprende siempre, que reconoce sus límites, que se deja corregir, que no teme decir “no sé”, y que entiende que toda sabiduría verdadera viene de lo alto.

En el IBIT queremos formar ministros y líderes que amen la Palabra, pero también que amen a la Iglesia. Que conozcan la doctrina, pero que también conozcan la compasión. Que manejen bien la Escritura, pero que también manejen bien su propio corazón.

Mi oración es que cada uno de ustedes avance en sus estudios con excelencia, sí, pero también con mansedumbre. Que la teología no los infle, sino que los transforme. Y que, al final de este camino, en lugar de decir “sé más”, digan “ahora sirvo mejor”.